

las mujeres y á los niños. La dama partió poco satisfecha. Pero amenazaban tres ejércitos franceses. Primero el de Lille; no se cuantos batallones de voluntarios habían entrado en la plaza. Luego otro que guiaba Bourdonnais, un poco tarde, por cierto. Por fin Dumouriez, libre de los prusianos, no podía tardar en llegar.

Grande era la gloria de Francia después de aquella resistencia heroica, aquella huida miserable de dos ejércitos enemigos. No contenta con rechazar á los prusianos y á los austriacos, había penetrado en el corazón de Alemania, puesta la mano sobre el Rhin, y cogido el águila imperial. El mismo día en que acababa el bombardeo de Lille, las banderas alemanas, el águila cautiva, enviada desde el Rhin, por Custine, comparecieron ante la barra, y fueron colgadas de las bóvedas de la Convención. Pero mucho más gloriosas que aquellos trofeos de la guerra y de la victoria eran las diputaciones que enviaban los pueblos pidiendo ser franceses. Francia era dos veces victoriosa; tenía para vencer mucho más que la fuerza: el amor. Le bastaba una mano para romper la espada de los tiranos, y con la otra mano abrazaba á los pueblos redimidos y los estrechaba contra su seno.

¿Cuál era su intención? Protegerles y no conquistarles. En aquel primer momento no tenía ninguna idea de conquista. Esta idea no se la ocurrió hasta más adelante, y por una especie de necesidad. Todo lo que al pronto pedía á las naciones libertadas era que permaneciesen libres para guardar sus derechos, que amasen á Francia como á una hermana. No puede leerse sin emoción la conmovedora y sencilla proclama que el filósofo Anacharsis Clootz escribió á los saboyanos (á los allobrogos como entonces se decía), en nombre de la Convención. «La República de los conquistadores de la libertad os felicita, amigos... Los allobrogos del Delfinado abrazan á los del monte Blanc... Nos ayudaremos mutuamente para fundar la libertad duradera. La sola autoridad que Francia quiere tener sobre vosotros es la de aconsejaros. ¿Con qué objeto? Con el de vuestra felicidad... ¡Pueblo feliz! al haceros libres sin efusión de sangre, olvidamos todo lo que os hemos sacrificado. Tendréis una transición incruenta de los reyes á las leyes, una revolución benigna; será límpida como vuestros ríos y pura como vuestros lagos...»

Añadía que era una Francia desmembrada que volvía á su patria: «Ved el desmenzamiento aristocrático de Suiza, ved la igualdad, la unidad democrática de Francia... Escoged... Todo os predica la unidad indivisible. ¿No estaría la frontera mejor colocada en la cúspide de los Alpes? No os guardará mejor Briançon si le volvemos sobre San Bernardo?...»

La Convención, con una moderación admirable vaciló antes de enviar este escrito, que parecía prejuzgar la anexión de Saboya y quizás la hubiera hecho creer que no se la dejaba libertad completa para decidir ella misma sobre sus destinos.

Esta era la preocupación de Francia en aquel momento. Había dicho que no quería conquistas, y las hacía contra su voluntad. Aquellos pueblos decían que no les bastaba ser libres; tenían la ambición de ser franceses.

La Convención tenía una corte extraña; sus alrededores estaban ocupados por hombres de todas las naciones, que iban á intrigar, á solicitar... ¿Para qué? Para hacerse franceses, para desposarse con Francia. Perderse en ella, no ser ya ellos, este era su más ardiente deseo. Jamás se vió semejante impaciencia de suicidio nacional; su pasado les abrumaba; deseaban aniquilar su *yo* de esclavitud, y no vivir ya más que en esta amada Francia, en la que ellos no veían ya una nación, si no una idea sagrada, la libertad, la vida y el porvenir.

Francia se resistía. Tened cuidado, decía, desconfiad del primer arrebato... ¿Sabéis bien lo que es el seguirme en las grandes empresas en que me veo comprometida? Daréis la sangre á ríos, el dinero... El impuesto será duplo ó cuádruplo.—Pero no querían oír nada, asegurando que la supresión de los diezmos, de los derechos feudales y de toda especie de impuestos bárbaros, les producirían recursos inmensos, inagotables, que dándolo todo no echaban de menos nada; que hasta entonces nada habían tenido, ni aún sus personas; que no darían á la libertad y á Francia más que lo que habían recibido de la libertad.

Los refugiados belgas, para hacerse franceses, alegaban el brillante ardor que demostraron en Valmy y en Lille. El enemigo, creyendo herir solo á la Francia, había encontrado pechos belgas ante sus balas. Los saboyanos se hallaban entre nuestros héroes del 10 de Agosto. La víspera formaron una legión, y el día del combate marcharon entre los bretones y los marseleses. Libertadores de la Francia, y luego libertados por ella, ¿qué eran, pues, si no franceses?

Francia estaba conmovida. Pero lo que la decidía era la salvación de los mismos pueblos. Jóvenes, niños para la libertad, no podían mantenerse libres sin el apoyo y la ayuda de la gran nación. Dejarles entregados á si mismos era dejarles perecer.

Tal fué la hermosa y generosa deliberación que hubo en el seno de la Convención, tal la noble reserva que empleó la Francia para aceptar aquellos pueblos que acudían á sus pies rogándola que los recibiese. Léase sobre todo el informe de Gregoire en el que discute estas cosas con motivo de las súplicas de Saboya que pedía su anexión. Mirad con qué alteza de miras, con qué noble y benévola prudencia hace resaltar el pro y el contra. La conclusión á que llega es que sea cual fuese el interés de Francia, la Saboya no se defenderá ya en adelante, no vivirá sin ella, y que á toda costa debe Francia abrirla su seno.

Esto ocurrió el 28 de Noviembre. Y el 19, con motivo de la proposición de la Reveillere-Lepeaux, declaró la Convención: «Que todo pueblo que quisiera ser libre encontraría en ella apoyo y fraternidad.»



Por esta sola frase se había constituido la bandera de Francia en bandera del género humano, de la libertad universal. Con ella, el Escalda, cerrado desde cerca de dos siglos, corría por fin libre al mar. El Rhin, cautivo bajo sus cien fortalezas, cobraba esperanzas, viendo reflejar en su superficie los tres santos colores que Maguncia miraba en sus aguas. Saboya los había colocado en la cima del Mont-Blanc; Europa, conmovida por el amor y el terror, los veía brillar sobre su cabeza en las nieves eternas, en el cielo y en el sol. El mundo de los pobres y de los esclavos, el pueblo de los que lloran, se estremecía ante aquella gran insignia; en ella leían distintamente lo que en otro tiempo leyó Constantino: «Con esta señal vencerás.»

¡No hubo más que un pueblo ¡ay! ¿Lo diremos? Querriamos detenernos aquí. Y sin embargo, aunque el corazón se oprima hay que decirlo. En el momento en que el mundo se lanza y se entrega á Francia, se hace francés por el corazón, hay un país que constituye la excepción; existe un pueblo tan ciego y tan raramente extraviado, que se arma contra la Revolución, contra su madre, contra la salvación del pueblo, contra si mismo. Y por un milagro diabólico, esto ocurre en Francia; es una parte de Francia la que da este espectáculo; este pueblo extraño es la Vendee.

En el momento en que los emigrados, conduciendo al enemigo de la mano, le abren nuestras fronteras del Este el 24 y el 25 de Agosto, aniversario de la San Bartolomé, estalla en el Oeste la guerra de la Vendee, la guerra impía de los curas.

Cosa notable, el 25 de Agosto, el mismo día en que el aldeano vendeano atacaba la Revolución, la Revolución con su generosa parcialidad, sentenciaba en favor del aldeano el largo proceso de los siglos, y abolía los derechos feudales, sin indemnización.—Y no solamente los derechos propiamente feudales, si no los *censuales*. Esta palabra sola contenía un equívoco inmenso, favorable al arrendador.

Se establecía una jurisprudencia nueva, en beneficio del aldeano contra el señor, que no era si no una reacción violenta contra la antigua, una reparación apasionada de la iniquidad feudal. La Revolución parece que decía: «Durante mil años, con razón ó sin ella, se ha juzgado contra el pobre. Pues bien, yo hoy juzgaré á su favor. Bastante ha sufrido, trabajado y merecido. Lo que no pueda adjudicarle como suyo, se lo adjudico como indemnización.»

No es esto todo. La ley de 25 de Agosto decía al señor: si verdaderamente esa renta que cobráis del pobre fué fundada y no arrancada, probadlo; presentad á la justicia el acta primordial que pruebe que en efecto le dabais tierra para fundar esta renta.

En muchos países no existía tal acta.

En varios, por ejemplo, en el país bretón, el señor tenía el subsuelo, la tierra; el aldeano el suelo, la casa. Y el señor, pagándole la casa, podía expulsarle de la tierra.

El aldeano se creía sin embargo el hombre de la tierra, nacido en ella, habiéndola ocupado desde Adán, su verdadero propietario. Lo cierto es que él la había hecho, aquella tierra él la había creado; sin él, no existiría; hubiera sido el arenal inculto, la roca y el guijarro. Los anticuarios estaban en un compromiso. La Revolución no lo estuvo. No desató el nudo, pero lo cortó. Dió la tierra al hombre al que se podía despedir, y despidió al señor.

¿Era legal esta decisión? puede discutirse. Pero era cristiana. Pronto hará dos mil años que el cristianismo nos dice que el pobre es miembro vivo de Jesucristo. ¿Cómo pesar el derecho del pobre con tal doctrina? En cuanto se ensaya, el mismo Cristo se coloca en la balanza y baja desde el cielo hasta el abismo.

La Revolución no limitó á decir; hizo.

Y lo hizo de una manera admirable.

*Consagró la propiedad* (bajo pena de muerte en Marzo del 93), la propiedad, es decir el hogar; la estabilidad de las costumbres morales, la fecunda acumulación—regulada, claro está, por la ley del Estado, con ventaja para el Estado y para todos.

Pero en caso de duda, en todo litigio entre la propiedad y el trabajo, *se decidió por el trabajo* (base originaria de la propiedad, propiedad la más sagrada de todas).

Mientras que la feudal Inglaterra, en Escocia y en todas partes ha fallado en favor del feudo contra el hombre, la Revolución en Bretaña, y por doquiera ha fallado por el hombre contra el feudo.

Decisión santa, humana, caritativa, tanto como razonable, según Dios y según la razón.

Que se calle el mundo y que se admire. Que trate de aprovecharse. Que reconozca el carácter verdaderamente religioso de la Revolución.

La Vendee no la hizo la guerra más que por una mala inteligencia monstruosa, por un increíble fenómeno de ingratitud, de injusticia, y de absurdo. La Revolución atacada por impía era ultra-cristiana; realizaba los actos que hubiera debido realizar el cristianismo. ¿Y el cura, qué hacía? Hacía valiéndose del aldeano, una guerra ultra-pagana, que hubiera restablecido la feudalidad, el dominio de la tierra sobre el hombre y de la materia sobre el espíritu.

¡Cruel equivocación! aquellos vendeanos eran sinceros en medio de sus errores. Murieron con fe leal. Uno de ellos, herido de muerte, yacía al pie de un árbol. Un republicano le dijo: «¡Rinde las armas!» El otro le contestó: «¡Devuélveme mi Dios!»

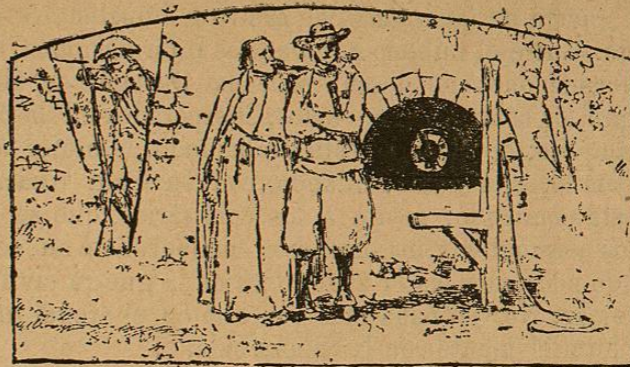
¿Tu Dios? ¡pobre hombre!... ¿Pues qué, no es el nuestro? ¿Hay acaso dos? No hay más que un Dios, el de la igualdad, el de la equidad, el que viene al cabo de mil años á ofrecerte esta reparación, el que ha juzgado en tu favor el 25 de Agosto, el día mismo, insensato, en que has levantado tu brazo contra él. El mismo Dios y la misma fe. Se desconocerán, bajo el lenguaje diferente, en aquella frase del sol-



dado patriota, que teniendo ya como el vendeano, el hierro en el corazón dijo: «¡Plantadme aquí el árbol de la Libertad!»

El alcalde republicano de Rennes, Leperdit, un sastre, que libró la ciudad del Terror y de la Vendee, fué asaltado un día por un populacho furioso, que con el pretexto del hambre, quería apedrear á sus magistrados. Baja intrépidamente de la casa del pueblo, en medio de una lluvia de piedras; herido en la frente, se limpia la sangre sonriendo, y dice: «No puedo convertir las piedras en pan... Pero si mi sangre puede alimentaros, es vuestra hasta la última gota.» Y cayeron á sus pies... Veían en ello algo superior al evangelio.

Se ha reprochado á la Revolución el no ser cristiana, fué más. La frase de Leperdit la realizó. ¿De qué ha vivido el mundo más que de la sangre de la Francia? Si está macilenta y pálida, no os extrañéis. — ¿Quién puede dudar que también ha convertido las piedras en pan? El 89 se dijo: «No puedo alimentar á veinticuatro millones de hombres... Pues bien, alimentaré á treinta y cinco.» Y ha cumplido su palabra.



## CAPITULO XVIII

### El cura, la mujer y la Vendee (Agosto-Septiembre del 92).

La mujer fué el agente de la Vendee.—La mujer en general fué contra-revolucionaria.—La mujer impide al marido que compre los bienes nacionales.—¿Estaba el Oeste sometido al cura y al noble antes del 92?—Relación del cura y de la mujer, sobre todo en el Oeste.—El cura estaba menos influido por el ama que por su penitente.—Entusiasmo apasionado de las mujeres del Oeste por el cura.—Desesperación de las mujeres cuando la ley aleja al cura.—Los conventos focos de conspiración.—Los curas anuncian la guerra civil (9 de Febrero del 92).—De qué modo la fomentan.—Apariciones, milagros, etc.—Primeras matanzas (Junio del 92).—La nobleza se contenta con dar dinero.—Asociación noble de la Rouerie.—Una carta del rey es el motivo de la guerra civil en Bretaña (Julio del 92).—Formidable alzamiento de la Vendee y primer combate de Chatillon y Bressuire (24 y 25 de Agosto del 92).—Nantes y el Finisterre por la Revolución.—La Vendee poco contagiosa para Francia.—El aldeano compra en todas partes los bienes nacionales.—Lo que tranquilizaba su conciencia.—Nulidad de las actas feudales.

La Revolución es la luz misma. Los solemnes debates de la Convención comienzan ante la vista de Europa. Las puertas se abren de par en par. Amigos y enemigos, todos pueden llegar, ver y oír. La prueba de la Revolución, su primer Juicio de Dios, la batalla de Jemmapes, es ganada alegremente por el joven ejército de Francia, cantando la *Marselesa*, á la luz del sol, á medio día.

Y al mismo tiempo comienza en los bosques y entre las brumas del Oeste la vasta guerra de las tinieblas. En los arenales del Morbihan, á lo largo de las brumosas islas, en las sombrías malezas del Maine, en el húmedo laberinto de la floresta vendeana, aparecían con formas dudosas los primeros ensayos de la guerra civil. Una casa ha sido incendiada, un patriota asesinado, y allá otro más. ¿Por quién? Nadie se atreverá á decirlo. La guerra, que, dentro de un año, llevará un gran ejército bajo los muros de Nantes, se ensaya todavía tímidamente durante el crepúsculo ó por la noche.

¿Aquel silbido, aquella queja, son la voz del buho ó de la lechuza? Creeríais que es el pájaro de muerte... Sí, y del seto vecino parte un tiro.